



MANZANARES  
FIESTAS PATRONALES

*Nuestro Padre Jesús del Perdón*

SEPTIEMBRE 1993

*Excmo. Ayuntamiento  
de Manzanares*



# Pregón 1993

Roberto Muñoz

Venerable, fervorosa y antigua Hermandad de Nuestro Padre Jesús del Perdón, amigas y amigos, que pacientes os disponéis a escucharme, un afectuoso saludo. Tras la presentación que acabáis de escuchar en boca de Bernardo Fdez.- Pacheco com-

prenderéis con facilidad que no es el protocolo propio de estos actos el que me obliga a dirigirme a él en primer lugar, para darle las gracias. Habéis comprobado que Bernardo, lejos de presentar al pregoneiro, ha presentado al amigo y eso es lo que de corazón agradezco. Desde niño –a pesar de la distancia cronológica que nos separa he gozado de su amistad, pues nos unía ese entrañable triángulo que forman La Rufina, Mirasierra y Martín García y la mutua afición por los caballos de su abuelo y mi

padre, quienes tuvieron la dicha de conducir las últimas tartanas que cruzaron la Real Soriana. Después, él fué mi alumno y hoy es mi profesor. Mientras, han sido nuestras diametralmente opuestas formas de entender las cosas las que nos han hecho converger en unas mismas inquietudes, caminando ambos por la misma senda, con la mano sobre el hombro y en constante ejercicio de flexibilidad, tolerancia y respeto. Me creeréis si os digo que me apetecería adentrarme en este asunto, pero no es ese el oficio que me permite ocupar esta tribuna. Mi sincero testimonio de gratitud Bernardo, porque en tus palabras, cuajadas de cariño, has dejado constancia de nuestra serena y profunda amistad, que quiera Nuestro Padre Jesús del Perdón, perdure a lo largo de nuestra vida. Gracias.

Ya nos advertía el filósofo francés Pascal que «el corazón tiene razones que la razón no comprende» y una vez más el corazón –sin escuchar a la razón– escuchó la propuesta de nuestro buen hermano Eugenio, llevada a cabo hace ya más de un año, porque de haber sido después, la razón no me ha-

bía permitido el oficiar de pregoneiro tras haber escuchado y leído posteriormente los dos últimos pregones que se han pronunciado en Manzanares: el de mi predecesor –y no hay lugar para la lisonja, porque lo tenéis en vuestras manos y podéis apreciar que es cierto cuanto digo–

–y el pronunciado por nuestro poeta Federico Gallego Ripoll en la última Semana Santa. Dos auténticas joyas oratorias que bien podrían haber servido para hacer el «borrón y cuenta nueva» para los pregoneiros manzanareños. Soy consciente de muchas de mis limitaciones y hoy lo soy aún más, al carecer de la profundidad de pensamiento de Bernardo y de la fluidez y belleza verbal de Federico, pero el compromiso adquirido con Eugenio y la sincera devoción

que siento por Nuestro Padre Jesús del Perdón me han empujado a dirigiros la palabra como pregoneiro, pero de antemano os pido disculpas, si esta noche en esta sala no se pronuncia el pregón que a todos nos hubiera gustado escuchar, aunque una ventaja sí tendréis y es que seré breve, porque intento tener presente siempre el consejo de nuestro Alfonso X vierte en sus partidas: «el mucho hablar envilece las palabras».

El acercarnos a la festividad de Nuestro Padre Jesús del Perdón supone para los manzanareños prepararnos para vivir nuestra fiesta patronal, nuestro día grande, nuestro encender las velas del corazón para intentar alumbrar el sin fin de sombras que en el diario acontecer nos acompañan. Pero la llegada de esta fiesta, debe suponer para nosotros los cristianos un motivo y acicate para acercarnos a los dos grandes mensajes que la acompañan: un símbolo y una vivencia; el emblema, el estandarte, el símbolo: la cruz; la disposición, la actitud, la vivencia: el perdón. En torno a estos dos términos, estas dos palabras, estos dos mensajes serán el ar-



mazón y la estructura que intenten sujetar este pregón.

El 14 de Septiembre es para la Iglesia la Exaltación de la Santa Cruz, como expresión y signo por el que Cristo va a la muerte. Pero además de este significado, cruz significa auxilio, salud, llamada, fuego, distinción, altura, pared, disposición, cruce, árbol, pieza, magia, gesto, señal, ... Las hay de muy diferentes formas y disposiciones: de tau, griega, latina, de San Andrés, de San Pedro, de las Ordenes Militares, egipcia, gamada, aspa, de Malta, de Lorena, tremolada, potenziada, papal...

Cuenta la historia que el emperador romano Constantino vió dibujarse en el cielo una cruz luminosa rodeada de la leyenda: «In hic signo vinces» (con este signo vencerás), ello hace que incorpore esa señal a sus estandartes y tras derrotar a Magencio junto al Puente Milvio, proclama en el 313 de nuestra era el Edicto de Milán, momento a partir del cual comienza a generalizarse su uso como símbolo del Cristianismo. Tertuliano nos enseña, que, en su tiempo, los cristianos trazaban sobre sus cuerpos la señal de la cruz y es el 14 de Septiembre la fecha en la que el emperador Heraclio traslada la cruz a Jerusalén tras haberla arrebatado a los persas.

Basten estas breves y generales notas para situarnos ante el gran símbolo del mundo cristiano, aunque la cruz que realmente nos interesa es la que Cristo nos invita a coger, cargarla sobre nuestras espaldas y seguirle y que son en definitiva esas pequeñas cruces que cada uno hemos traído con nosotros o aquellas con las que nos vamos a encontrar cuando abandonemos a esta sala; pero llevarla es duro, porque cuanto más avanzamos y más miramos al mundo, más pesada se nos hace y no somos capaces de arquear nuestros todavía vigorosos cuerpos, tensar los músculos y dar a nuestra vida el ritmo inalterable de comprender a cada instante que la acción más generosa está en arrastrar cada mañana, en silencio y con ánimo, la carga—ligera o pesada— que nos haya podido corresponder.

Pero el camino es duro y no podemos andarlo solos, porque no podemos trabajar solos, triunfar solos, fracasar solos, luchar solos, necesitamos del gesto generoso del amigo, que nos tiende su mano, de la esposa, del hermano, del vecino, del compañero de trabajo, de todos los cirineos del mundo, que aunque obligados a veces, compartirán la carga con nosotros, por lo que debemos acostumbrarnos a sentirnos grupo, colectivo, comunidad, de-

jando el taxi y cogiendo el metro, porque solos no vamos a ningún sitio, aunque debamos estar vigilantes para seguir siendo personas y no convertirnos en masa, masa que se desplaza en bloque, masa anónima, amorfa, indiferente, porque la masa es torpe y pone suelas de plomo a nuestros pies, haciéndonos llegar a ninguna parte.

Salid a la calle y encontraréis cruces de todas las formas, de todos los tamaños, de todas las maderas y a veces tan sencillas como nuestras propias formas de actuar, de pensar o de manifestarnos intentando siempre convencer, persuadir, demostrar, esgrimiendo argumentos que golpean el sentimiento de nuestro interlocutor, carentes de respeto y faltos de paciencia y con total ausencia de esa necesaria humildad que, como las aguas silenciosas y dulces, avanza sin hacerse notar, aprendiendo a entender y esperar a los demás, para ajustar nuestro paso al suyo y ascender así, con ellos, aunque la cima esté difícil y lejana.

No hace falta que nos esforcemos en encontrar la muestra, la hallaremos mirando a nuestro alrededor, parándonos simplemente a pensar si hemos pagado el salario justo o nuestro trabajo respondió seriamente al salario que percibimos, si escuchamos el gesto suplicante del enfermo, si dimos adecuada respuesta a la interrogativa e inquietante mirada de aquel niño, si dimos a la tuerca aquel último cuarto de vuelta imprescindible para su correcto funcionamiento, si dimos satisfacción a la esperanza que en nosotros se depositó. No, no hace falta que nos esforcemos, busquemos en el fondo de nuestros bolsillos y siempre encontraremos algo que nos sobra y que los demás necesitan, algo inútil o simplemente tantas veces superfluo, algo que partir y compartir, porque a El «le conocieron al partir el pan» y ese gesto anda escaso en nosotros, porque mientras siempre sobra algo en nuestra mesa, un tercio de la humanidad está infraalimentado y millones de personas mueren cada año de hambre en el mundo; entre tanto, desperdiciamos lo que otros necesitan para seguir viviendo, y contemplamos impasibles que justo a nuestro lado se ha sentado a la mesa uno que hoy no pudo llenar su plato de sopa.

Abrid el periódico y encontraréis una cruz colectiva que la humanidad no está dispuesta a soportar y que sin embargo está ahí sobre mi ciudad, sobre mi mundo, sobre el tiempo: nos falta paz, pero paz entendida no solo como la simple superación de la violencia ilegítima, ni solo como bienestar y desarrollo económico, antes bien debemos

entenderla como justicia y reconciliación, empezando por reconciliarnos con nosotros mismos y proyectándola a los demás para que borre los resentimientos, el menosprecio y la desconfianza. Pero la paz no se hace por sí misma, sino que nos la hacemos y deshacemos los hombres en el diálogo o en la guerra, esas guerras que han ocupado la práctica totalidad de la historia de la humanidad, Aunque no debemos confundirnos, porque la paz también es guerra, ya que exige destrucción, exige sacrificios, exige revolución. La paz no es tranquilidad, es la lucha permanente contra el egoísmo, contra los desniveles sociales, contra la marginación, contra la corrupción, contra los abusos de poder, contra las situaciones creadas en Somalia o en Croacia, contra la xenofobia, para intentar que el hombre universal alcance eso que tan a la mano tiene, pero que tan difícil le resulta conseguir: la felicidad.

Pero no nos perdamos en las grandes cruces, quedemosnos con las pequeñas, las cotidianas, las de diario, las «de andar por casa». Quedemosnos con esa cruz que describe León Felipe, con su poesía desesperada, pero límpida, teñida de sufrimiento y llena de expresividad:

#### **MAS SENCILLA**

Mas sencilla. Mas sencilla  
sin barroquismos,  
sin añadidos ni ornamentos  
que se vean desnudas las maderas,  
desnudos  
y decididamente rectos.

Los brazos en abrazo hacia la tierra,  
el mástil disparándose a los cielos.

Que no haya un solo adorno  
que distraiga este gesto,  
este equilibrio humano  
de los dos mandamientos,

Mas sencilla, Mas sencilla

**HAZ UNA CRUZ SENCILLA; CARPINTERO.**

Celebrar la festividad de Nuestro Padre Jesús del Perdón supone recordar una vez más aquel Viernes Santo de un 31-3-1809 en el que nuestra venerada imagen hace su más importante desfile profesional hasta los aledaños del Cristo de la Agonía, para que nuestro inmortal párroco Sotomayor solicite clemencia para su pueblo y lo haga ante un hombre que será para nosotros prototipo de la indulgencia, del perdón. Es el general francés Sebastiani quien escribe la más hermosa página de nuestra historia practicando un gesto misericorde que evita que nuestros paisanos sean pasados por las armas. No soy muy amante de lo francés, pero si he de ren-

dirme ante la actitud de Sebastiani, situándolo en la más alta consideración, porque pone en funcionamiento un mecanismo que rara vez funciona en la sociedad actual: la indulgencia.

Para continuar hablando sobre este tema se hace necesario que os manifieste con total sinceridad que no guardo para nadie el más pequeño asomo de rencor a la vez que públicamente solicito el perdón a los que por cualquier circunstancia hubiera podido ofender, agraviar o dañar.

El ejemplo más importante de la trascendencia y grandeza del perdón nos la ofrece el propio Cristo en el Calvario cuando su cuerpo sufre el dolor y el desgarró. El lega su sublime testamento a la humanidad, el último y mejor tesoro de su vida, olvidándose de sí mismo y preocupándose por los demás, principalmente por sus enemigos. Jesús aprovecha los últimos minutos de su vida para realizar una oración y una oración de amor: «Padre perdónalos porque no saben lo que hacen». Pide perdón para los más directos responsables de su muerte; pide perdón por Caifás, Anás, por los demás sacerdotes y escribas, por Pilatos y Herodes, por Judas, todos tienen cabida, hasta al ladrón, que demanda su recuerdo, le asegura que «hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso». Y en ese perdón que pide al Padre encuentra una justificación a su solicitud: «porque no saben lo que hacen». ¿Realmente todos aquellos no sabían lo que hacían, obraban por ignorancia?, pero Jesús conoce la naturaleza humana y como humano la comparte, siendo consciente de la ceguera de alma y pensamiento de que somos presos en muchas de nuestras acciones, por eso pide perdón por lo que hacemos cada uno de nosotros, siendo esa la clave de su vida y la primera y la última razón de su muerte.

Hay un momento, que los cristianos repetimos con frecuencia, en el que hacemos una solicitud al Padre a cambio de una promesa, y es cada vez que rezamos el Padre Nuestro en el que pedimos el pan, que es tanto como pedir el cotidiano y diario bienestar material y pedimos perdón por nuestras ofensas, por nuestros pecados, por nuestras deudas, por nuestras faltas, por las heridas que hay que restañar y por las cuentas que hemos de saldar, pero a cambio de ello ofrecemos el perdón a los que nos ofenden, pero no basta con ese sencillo «perdono pero no olvido» porque así hacemos del odio y del rencor monedas de uso corriente. Hemos de perdonar y hemos de olvidar, porque uno de los pecados que difícilmente Dios perdonará es el que nosotros no hayamos sabido perdonar.

Es un ejercicio que debemos practicar de continuo, porque somos culpables de muchas de las cosas que ocurren a nuestro alrededor y que pesan sobre nosotros como una enorme losa, como un mundo, ese mundo de miserias que llevamos encima en el que el dolor, el sufrimiento, la soledad, la humillación, toman carta de naturaleza en nuestra sociedad de hoy y que con su largo e incontinido grito están golpeando nuestra paz con miserias, con hambre, con alcohol y drogas, con paros, crisis y guerras, por lo que constantemente nos debemos unir al poeta Morales Bonilla y con él preguntarnos:

¿Por qué, Señor, por qué crucificado  
tuviste que morir? ¿Por qué tu vida  
se vierte lentamente de la herida  
como una flor abierta en tu costado?.  
¿Por qué, Señor, por qué, por qué clavado  
me tienes a tus pasos y a tu vida  
y por qué me desangras en tu herida  
si no quiero morir crucificado?  
Si es condición, Señor, seguir tu suerte,  
si es condición la sed y la agonía,  
si es condición la Cruz para tenerte,  
acepto compartir tu misma muerte:  
que me claven en cruz la mediodía  
y contigo morir... Y luego verte.

La llegada del 14 de Septiembre abre para los manzanareños una hermosa puerta a la esperanza; porque estas fechas nos permiten acercarnos al verdadero líder de nuestra ciudad, al que es capaz de abarrotar día a día el templo de la Asunción, al que tiene el suficiente poder de convocatoria para llevar tras sí miles de penitentes, porque los

manzanareños –egoístas muchas veces– somos conscientes que Nuestro Padre Jesús del Perdón cada vez que pisa nuestras calles, cada vez que nos pongamos ante él, cada vez que crucemos nuestra mirada con la suya lo encontraremos en su permanente actitud: perdonando, siempre perdonando.

Y termino no pudiendo resistirme a la tentación de tomar prestada de mi entrañable amigo Pedro Saldaña, una cita que él repite con frecuencia y que pertenece al más insigne tribuno que ha dado la Historia de España, D. Emilio Castelar, que allá por 1869 polemizaba en el Congreso diciendo: «Grande es Dios en el Sinaí, el trueno le precede, el rayo le acompaña, la luz le envuelve, la tierra tiembla, los montes se desgajan; pero hay un Dios más grande, más grande todavía, que no es el majestuoso Dios del Sinaí, sino el humilde Dios del Calvario, clavado en una cruz, herido, yerto, coronado de espinas, con la hiel en los labios y sin embargo diciendo: Padre mío, perdónalos, perdona a mis verdugos, perdona a mis perseguidores, porque no saben lo que hacen. Grande es la religión del poder, pero más grande es la religión del amor; grande es la religión de la justicia implacable, pero es más grande la religión del perdón misericordioso». Ese Jesús del Perdón será el que esta tarde queda con nosotros.

Solo me resta despedirme de vosotros y lo haré con palabras gastadas, sobadas por el uso, pero que me gustaría que llegaran a vosotros con la misma frescura que cuando se dijeron por primera vez y que de corazón os deseo: «A la paz de Dios, hermanos».